

CRONICAS DE LA PRENSA EXTRANJERA

Después de meses de horror, Batista, el dictador, huyó con 300 millones de dólares tomados del tesoro público. Legó a Fidel Castro y sus compañeros de epopeya una situación explosiva.

EL JUEVES ÚLTIMO, el 1º de enero, antes del alba, el presidente Fulgencio Batista convocó a sus ministros y amigos más íntimos. La huelga general revolucionaria acababa de estallar en toda Cuba. Desde hacía cuatro días, la ciudad de Santa Clara, centro ferroviario que controla las comunicaciones de toda la isla, era el teatro de una batalla por las calles de extraordinaria ferocidad. La aviación del gobierno regaba de bombas y metralla las localidades que estaban en poder de los rebeldes. Asqueados por la carnicería, las fuerzas del orden desertaban y se pasaban al bando de los insurrectos.

Fulgencio Batista había perdido la partida. Hace veinticinco años, siendo sargento taquígrafo del ejército, fue llevado, a pesar suyo, al poder.

Vestía por entonces chamarra de cuero, puñal y pistola al cinto; a los ojos del pueblo cubano encarnaba la victoria del pobre frente a los ricos y poderosos.

LA FECHA FATÍDICA

El tribuno audaz, modesto y tolerante veinticinco años atrás, se había convertido desde 1952, fecha de su retorno al poder mediante un golpe militar, en uno de los dictadores más sangrientos de la historia contemporánea. Su última ambición era gobernar hasta el 24 de febrero, fecha de la expiración de su mandato. Le fue rehusada esta última satisfacción a su amor propio.

El 1º de enero, antes del alba, seguido de 400 de sus fieles, tomó un avión para Santo Domingo, llevándose 300 millones de dólares (3750 millones de pesos), de los cuales un centenar provenía del pillaje de las cajas de seguridad social.

El mismo día, en La Habana, paralizada por la huelga, el proletariado de la capital cubana saqueada los casinos, mientras que grupos de la resistencia fideísta iniciaban el asalto a la residencia del senador Masferrer. El senador había emprendido ya la huida; pero su policía privada, calculada en 2000 personas repartidas por toda la isla, se batió con el valor de hombres que no tienen nada que perder: fueron exterminados.

Sin embargo, era en el este de la isla donde los insurrectos celebraban su verdadera victoria. Menospreciando la corrompida Habana, instalaron en Santiago su capital y su presidente provisional, para comenzar su larga marcha triunfal a través de la isla, conducidos por su jefe, Fidel Castro.

¿Quiénes eran estos insurrectos y quién su jefe? *Locos*, se decía hace apenas seis meses. Obsesionados con los ideales y el lenguaje de la Revolución francesa (el

HEROE O MARTIR

Por M. B.

presidente provisional Urrutia llama a sus ministros "ciudadanos"), no tienen ni programa, ni ideología definidos. Todo se reduce a dos palabras: Libertad, Democracia.

Hace ya doce años que Fidel Castro, entonces de 19, se enroló en la "Legión americana" para libertar a Santo Domingo de la dictadura del "generalísimo" Trujillo. El "generalísimo" lo hizo arrestar por la policía cubana.

LOS ESTUDIANTES EN EL CUARTEL

Fidel meditó la lección. Hijo de un inmigrado español que hizo fortuna cosechando caña de azúcar, Fidel, formado por los jesuitas, se puso a la cabeza de un grupo de rebeldes de la Universidad de Santiago donde estudiaba Derecho. El 26 de julio de 1953, después del golpe de Batista, concibió un proyecto que hubiera sido una locura en cualquier otro país: al frente de 80 partidarios, quiso tomar por asalto el cuartel de Moncada, y después, con las armas del arsenal hacerse el amo de la isla. Cerca de 100 estudiantes penetraron en el cuartel. Las puertas se cerraron sobre ellos. Capturados en la trampa, fueron torturados y asesinados por la tropa.

Aparecieron los cadáveres y el juez Urrutia fue el encargado de la instrucción de este proceso. Hizo tomar fotos y acusó al ejército. El expediente del sumario desapareció.

Y cuando, más tarde, el juez Urrutia absolvió a 150 estudiantes acusados de rebelión ("*no disponen de otros medios,*

dijo, *para defender sus derechos constitucionales*"), tuvo que escapar. Hoy es el Presidente provisional escogido por Castro.

Después del golpe del 26 de julio de 1953 contra el cuartel Moncada. Fidel Castro huyó a la Sierra. El ejército, lanzado en su persecución, sin duda lo habría capturado, torturado y "abatido por tentativa de huida", si no hubiera sido porque el arzobispo de Santiago lo alcanzó y llevó él mismo a las autoridades.

Amnistiado después de quince meses de cárcel, Fidel se fue a los Estados Unidos y allí concibió un proyecto tan "loco" como el anterior. Inspirado por José Martí que, hace sesenta años, libertó a Cuba tras desembarcar a la cabeza de un



Manuel Urrutia Lleó



Uno de los últimos combates, en la ribera de un río

DEMOCRACIA Y LIBERTAD



Celebrando la noticia de que Batista abandonó el país

"ejército" de cinco hombres, Fidel reunió 81 compañeros, fletó el barco "Gramma" y el 30 de noviembre de 1956, marchó a la conquista de Cuba. Sorprendido por una tempestad, el barco fue arrojado a la costa pantanosa del sureste de la isla. Descubiertos por la aviación, setenta partidarios de Fidel fueron asesinados.

LOS BONOS DE LA LIBERACIÓN

Lo doce sobrevivientes ganaron la Sierra Maestra. Inexpertos, sin reservas de víveres y municiones, su primera hazaña fue no morir de hambre. "Seré héroe o mártir", había dicho Fidel al partir. Y fue el héroe de todo un pueblo, de un pueblo herido por agravios individuales.

En grupos minúsculos y muy móviles, los guerrilleros de Fidel volaban un puente por aquí, un depósito por allá, luego una vía férrea, después una central eléctrica. Estaban por todas partes y en ninguna. Llegaban por sorpresa a los pueblos y requisaban víveres, pero pagaban al contado; los dos sacerdotes del grupo se convertían por unas horas en maestros, los dos médicos en ingenieros sanitarios.

Por toda la isla, obreros y campesinos pobres vieron aparecer los "bonos de la liberación" fidelistas. El pueblo los compraba para tener "su" ejército; banqueros y grandes propietarios se suscribían con miles de dólares para comprar su seguridad. Pero la ayuda más valiosa que recibió Fidel fue de la policía y el ejército de Batista. Los pueblos en que los rebeldes habían aparecido, eran arrasados con bombas. En Sagua la Grande, en la provincia de Las Villas, una expedición aérea de castigo mató a 250 civiles. En todas las ciudades de la isla, la policía raptaba y torturaba a los jóvenes por millares. El mismo jefe de la policía de Santiago practicaba la castración de culpables y sospechosos. En La Habana, un diplomático se quejaba de no poder dormir; durante toda la noche oía, desde el vecino puesto de policía, los lamentos de los ajusticiados.

Las atrocidades gubernamentales hicieron afluir miles de combatientes a las fi-

las fidelistas. Mas los partidarios no hubieran podido imponerse sin la complicidad de todo el pueblo. Y éste no tenía nada que perder.

650 000 PARADOS

En seis millones de habitantes hay 650 000 obreros sin trabajo; el 23% de los cubanos adultos son analfabetos y esta cifra llega al 42% en el campo. Cerca de la mitad de asalariados ganan menos de 75 dólares por mes y la vida en Cuba es mucho más cara que en los Estados Unidos, ya que la casi totalidad de los artículos fabricados y de los productos alimenticios son importados de Norteamérica. Los obreros de las plantaciones de caña de azúcar no trabajan más que diez semanas al año y son corrientes los salarios inferiores al mínimo legal (60 dólares).

El gobierno de Batista, durante este tiempo dilapidaba en vino y en privilegios el tesoro público. La lotería "nacional" que proporcionaba "tajadas" cotidianas estaba controlada por la policía y el ejército; el jefe de la policía de Santiago, por ejemplo, sacaba de ella 600 dólares (7 500 pesos) por día. En La Habana Batista liberalmente compraba el apoyo "popular" manteniendo, sólo en la capital, varias decenas de millares de "funcionarios" con puestos ficticios, generosamente pagados. Los sindicatos estaban en manos de un inmigrante catalán, Eusebio Mujal, que aterrorizaba a los obreros con su ejército privado, no se desplazaba más que en coche blindado y utilizaba despachos también blindados.

Gangsters y raqueteros, procedentes de los Estados Unidos (entre ellos celebridades como Lefty Clark, Meyer Lansky, Clifford Jones) reinaban en la docena de casas de juego de la capital donde cambiaban de mano todas las noches de uno a dos millones de dólares. En cuanto al cuñado de Batista, detentaba el monopolio de los aparatos contadores en los estacionamientos y el de las máquinas de cinco y diez (5 a 10 millones de dólares anuales de beneficio).

El fidelismo quiere ante todo ser portador de la democracia y de la virtud. Pero tiene también, por la fuerza de las cosas, un fuerte sabor de antinorteamericanismo, el de los diplomáticos y hombres de negocios norteamericanos que sostuvieron a Batista hasta el final por miedo al "comunismo".

La economía cubana, fundada sobre el azúcar (67% de la producción nacional), el tabaco y los minerales, es en efecto netamente colonial. El 40% de las plantaciones y de los ingenios, la casi totalidad de los servicios públicos, están controlados por capital norteamericano.

Dos mil millones de dólares (25 000 millones de pesos) de depósitos duermen en los bancos, pero las tentativas para crear en Cuba industrias de transformación y cultivos diversos han chocado siempre con el veto de los intereses extranjeros y de los azucareros locales. Así, en Cuba no hay ni una sola fábrica.

"Cuba para los cubanos, los norteamericanos en Norteamérica", clamaba Batista en 1933. En 1955, Fidel pedía: nacionalización de los servicios públicos, reforma agraria, distribución a los asalariados del 30% de los beneficios, creación de industrias nacionales.

Este programa está hoy dejado de lado en favor de la Unión nacional para la democracia y la libertad. ¿Es acaso irrealizable debido a las presiones exteriores e interiores? Si éste es el caso, si las riquezas siguen concentradas en algunas manos cubanas y extranjeras, el pueblo de Cuba se arriesga a descubrir que le quedan aún por hacer algunas revoluciones.

L'Express, París, 8 de enero de 1959.

